

de Constantinopla, venian los emperadores griegos, ó sus comisarios, á demandar el auxilio de Occidente; y siempre que demandaban el auxilio de Occidente, proponian, como medio de conciliacion, algun plan ó proyecto para cerrar el cisma. Eugenio IV tuvo en esta ocasion el instinto seguro de todos aquellos poderes históricos, que maquinan algo contra las leyes y las instituciones parlamentarias. Para divertir la atencion de las necesidades de reforma no habia medio tan llano como cegarla con los resplandores deslumbrantes de la gloria. Y ninguna gloria comparable á la unidad del Oriente con el Occidente, á la reconciliacion de la Iglesia latina con la Iglesia helénica, á la fraternidad de Roma y Constantinopla: visiones áureas en las cuales parecia concluirse las antítesis del pensamiento, las batallas de la sociedad, las contradicciones de la naturaleza, las tristes fatalidades de la historia. Inútil pensar en reformas, en la mejora de las costumbres, en la correccion de las instituciones, en el adelanto de los pueblos, en la trasformacion de la Iglesia, en los parlamentos, en las discusiones, en los tribunales religiosos, cuando la Sede Pontificia os ofrece el Patriarca griego á su lado, el Emperador bizantino á sus piés, Santa Sofía católica como en tiempo del concilio de Nicea, el cisma oriental concluido al par del cisma occidental, el clero semi-asiático de la Tracia arrodillado junto á la tumba de los Apóstoles en Roma, el Te-Deum de San Ambrosio, que las jerarquías angélicas oyen con éxtasis, entonado por dos legiones enemigas, que se han convertido en armonioso coro para volver su unidad espiritual y divina en una reconciliacion perdurable á toda la cristiandad, deslumbrada por tanta gloria. No era dado, no, que en esta situacion se acordase la Iglesia católica de la libertad.

El concilio estaba citado para Basilea; y si Eugenio IV no podia evitarlo, podia verdaderamente corromperlo. Propúsose, despues de la convocatoria, impedir cuanto pudiera sus reuniones; y llevó al extremo último este malaventurado propósito. A tal fin nombró legado suyo á Cesarini para que presidiera el concilio, y empleara las artes diplomáticas, en que tenia excepcional competencia, á fin de coadyuvar á sus intentos. Por los últimos días del mes de marzo, en 1431, comenzaban á reunirse los obispos en la ciudad de Basilea. Desde el primer momento apareció la enemiga del Pontífice á la Asamblea; y la enemiga tambien de la Asamblea al Pontífice. Viendo la ciu-

dad conciliar demasiado lejana, y por lo mismo demasiado independiente, mas sujeta al influjo francés y germánico que al influjo puramente italiano, dispuesta por lo mismo á sostener una asamblea democrática y republicana, de todo en todo contraria al absolutismo pontificio, citó el concilio á Bolonia, creyendo tenerlo allí mas bajo su mano, y por tanto mas inclinado á dejarse moderar en el pensamiento y en la voluntad de los Pontífices. Comprendieron inmediatamente los padres á dónde conducia la bula insolente, y protestaron unánimes con viva pero concienzuda protesta. Y tenian razon; porque, entre las guerras de Florencia y Venecia con Milan, las ambiciones de la dinastía de Saboya, los disturbios de Nápoles, las batallas de aragoneses y napolitanos, las perturbaciones feudales, las bandas dirigidas por condotieros, Italia carecia completamente de aquella paz, indispensable á las tranquilas sesiones de un religioso concilio. El mismo Eugenio IV, huyendo de los condotieros romanos, habia tenido que abandonar la Ciudad Eterna y procurarse un asilo en la republicana Florencia. Por causa del estado de Italia, y recelo de las invasiones pontificias en las facultades conciliares, príncipes y pueblos se inclinaron á la Asamblea y se desavinieron del Pontífice. Su mismo delegado Cesarini escribió á este, conjurándole por amor á su persona y por consideracion al estado del mundo, á desistir de nuevas y peligrosas temeridades. Los nombres ilustres de Capranica, de Picolomini que en medio del Renacimiento brillaban y que al concilio se unian, mal avenidos con el Papa, demostraban cuánto podia arriesgar este de sostener abierta lucha con el concilio y abierta oposicion á la reforma. Las doctrinas del gobierno unipersonal y de la autoridad infalible para el Papa iban á la sazón de vencida; y el episcopado se congregaba en Basilea como en Constanza con ánimo de sustituir al absolutismo papal ó bien una república democrática, ó bien una monarquía representativa. El día 25 de enero de 1432 se parece en la revolucion religiosa al día 4 de agosto de 1789 en la revolucion política. El concilio proclamó su representacion absoluta de la Iglesia universal, su independencia completa del Papa romano, añadiendo que no se disolveria sino por su propio acuerdo y á impulsos de su propia voluntad. El mas decidido entre todos los soberanos á favor de la autonomía conciliar, era el Emperador Segismundo, pero tambien el mas irresoluto y débil. Enamorado de la reforma eclesiástica, enemigo del



absolutismo pontificio; despues de haber hecho tanto por aquella y tanto contra este en el concilio de Constanza, mostrábase incierto en la hora de las resoluciones supremas, en el momento de la reunion de Basilea, cuando mas pedian las circunstancias enérgico proceder; y todo por romanticismo puro, por aficiones teatrales, por aparatosas ceremonias, por una coronacion mas ó menos brillante como la coronacion de los antiguos emperadores alemanes, que no significaba gran cosa, careciendo como carecia del esplendor que daba en otro tiempo á estas formas vanas el interno espíritu y la íntima autoridad. A cambio de recibir la corona de manos de Eugenio IV, claudicó el ligero Emperador. Su caida, sin embargo, estuvo moderada un poco por sus naturales vacilaciones. Quería el Pontífice arrancarle una concesion al proyecto de trasladar el concilio á Italia, y el Emperador pidió que comenzase el Papa por reconocer la autoridad y la soberanía de ese mismo concilio. Advertidos los padres conciliares de las augustas vacilaciones, y temerosos de tener en frente á Segismundo como tenían á Eugenio, mostráronse resueltos, con la seguridad de que en estas competencias y crisis la energía de la resolucion equivale al logro de la victoria. El 6 de setiembre, la asamblea eclesiástica acusó al Papa con el aire imperioso y el lenguaje altivo de una asamblea revolucionaria. El mundo entero se unió al concilio tan estrechamente, que parecia fundada ya sobre Europa la democracia cristiana. La resolucion de los padres conciliares derramó tal terror en la curia romana, que Eugenio publicó una bula de semi-retractacion, declarando en términos ambiguos su deseo de celebrar un concilio en Basilea. Pero los padres se indignaron mas de aquella maniobra pérfida que se hubieran indignado del manifesto desacato; y decidieron unánimes notificar al Papa que retirase la bula ó se atuviese á la seguridad de un próximo destronamiento. Entre tantas dificultades no tuvo mas remedio Eugenio IV que reconocer el concilio, como le aconsejaban el Emperador de Alemania y el Rey de Francia, para evitar universal sedicion en la Iglesia. El 15 de diciembre de 1433 dióse por fin la revocacion de las antiguas bulas, acto de humildad por parte del Pontífice, que entregaba la soberanía del Pontificado á la soberanía de la Iglesia. Nunca, en ningun tiempo, podia presentarse coyuntura, como esta, para sobreponer la democracia religiosa á la monarquía, y evitar la revolucion, haciendo y consumando la reforma.

El Concilio de Basilea cometió un error idéntico al cometido antes por el Concilio de Constanza. Léjos de intentar lo principal, la reforma orgánica de la Iglesia, la constitucion radical de los nuevos poderes eclesiásticos, intentó lo accesorio, la reforma económica, tan repulsiva á los Papas como la reforma política y ménos interesante y menos saludable para la Iglesia católica. Los decretos relativos á la abolicion de la esportula, de las annatas y otros muchos tributos como el de palio, herian á la autoridad absoluta en el estómago, cuando precisaba herirla en el corazon. Eugenio IV, que conservaba intactas las facultades omnímodas de un Pontífice, gracias al poco acierto del Concilio, comprendió cómo el hambre podia matar al Pontificado y puso empeño tan grande contra las reformas económicas como hubiera puesto de seguro contra las reformas políticas. No le era fácil combatir de frente un poder tan prestigioso como el poder conciliar, y lo combatió de soslayo, agarrándose, como á su tabla el náufrago, á la reunion de la Iglesia griega con la Iglesia latina. Momento oportuno aquel de restaurar la antigua cuestion de las cuestiones, á saber, la cuestion del sitio preferente para reunir un Concilio destinado á dar la paz religiosa á todos los pueblos europeos y á congregar bajo misteriosa unidad á todas las Iglesias. La comodidad de los griegos daba fundado pretexto á tales innovaciones. Pero el disentimiento de la Iglesia occidental levantaba con furia la cabeza de nuevo, al tratar de la reconciliacion y armonía con la Iglesia oriental. Mientras el Papa, como buen italiano, reclamaba la escena espléndida de Venecia, de Florencia, de Ferrara, como la mas propia á la union de las dos comuniones y á la comodidad de los helenos, la mayoría de los conciliares reclamaba la ciudad de Avignon. Nuevamente surgia, pues, la competencia, mal terminada, entre la capital francesa y la Ciudad Eterna. Nuevamente brotaban por do quier los síntomas del cisma. Nuevamente venia la division sobre el mundo. Nuevamente se rompía la unidad misteriosa de la Iglesia. Iban á levantarse, en esta gran crisis, no solo como antes dos Papas rivales, sino algo mas, dos Concilios enemigos. La division estallaba, pues, en el seno de los hechos; y las ideas revolucionarias se respiraban en los giros del aire. La fraccion romana del Concilio basilense declaró que acudiría á una ciudad de Italia. Y Eugenio IV decretó por medio de bula, expedida el 18 de setiembre de 1437, que esta ciudad fuese Ferrara. Mandaron á los griegos sus



embajadores el Concilio de Basilea y el Papa de Roma; y los griegos optaron por el Papa, no solo á causa de que tenia mas autoridad, sino tambien á causa de que tenia mas dinero.

Juan Paleólogo, emperador de Constantinopla, al embarcarse para Occidente, con ánimo de reunir las dos Iglesias latina y griega, desconocia por completo, cómo estas grandes oposiciones, que duran tanto en la historia, arrancan de la misma naturaleza. Levantándose con el pensamiento al seno de todos los tiempos y comprendiendo la historia de todos los pueblos, estalla ese principio de variedad, tan necesario como el principio de unidad, á la vida de todo el Universo. El éter, que parece increado, se vuelve luz, la luz calor, el calor movimiento, el movimiento vida, y la vida proveniente de este principio único, se diversifica y separa en aerolitos y soles, en planetas y lunas, en fajas cometarias y vías lácteas, en cuerpos luminosos ú opacos, ya de resplandores propios ó ya de resplandores prestados, que componen las contradicciones y las armonías, la atraccion y la repulsion, los odios y los amores reinantes en todos los espacios. De aquí facultades en el hombre que tienden á lo vario como la fantasía, y facultades que tienden á lo uno como la razon; de aquí leyes en la naturaleza que dan lo múltiple, lo individual, y leyes que dan lo general y lo sintético; de aquí en la sociedad las personas, las familias, las naciones, las razas que son lo vario, y la humanidad y la razon y la conciencia y la idea que vienen á ser lo universal y lo uno. ¡Ah! No trateis de acabar en nosotros la unidad, porque acabaríais con el género humano; y no trateis de acabar la variedad, porque acabaríais con los pueblos, con los individuos, con las familias y con las razas. No tenemos derecho á derogar leyes fatales, que pertenecen á la autoridad y á la promulgacion de Dios; pero tenemos derecho á reconocerlas y á proclamarlas. Las naciones, las razas, las sociedades, viven de eternas competencias, de rivalidades eternas, de batallas sin número, que se extienden al arte, al dogma, al comercio, á la industria, á la ciencia, á casi todos los caracteres de la vida. Francia una, igualitaria, clásica, escéptica, esencialmente democrática, é Inglaterra varia, desigual, romántica, individualista, creyente, y por su naturaleza y por su historia, de todo en todo aristocrática. Asia llena de pueblos que han pasado, que se encierran como fetos en las entrañas de la naturaleza

que viven como hechizados al pié de sus ídolos; y América llena de pueblos que presienten lo porvenir, que sojuzgan con sus máquinas la materia, que viven libres en República, que se rien de todos los ídolos y difunden y propagan todas las ideas. Oposicion eterna, oposicion inextinguible. La guerra, que es la mas ruidosa y visible, al parecer, de todas las oposiciones, tambien es la menos importante. Causas mas hondas engendran esos disentimientos que ensangrientan la superficie del planeta. La oposicion radica en el espíritu y en la naturaleza misma del hombre. Así, por todas partes estallan las contradicciones. Oposicion entre los pueblos de Asia y los pueblos de Grecia que está escrita en Salamina y las Termópilas; oposicion entre los reyes de Macedonia y los reyes de Persia que está escrita en las correrías de Alejandro; oposicion entre la gente latina y la gente cartaginesa que está escrita en las tres colosales guerras púnicas; oposicion entre Roma y Alejandría que está escrita en la cima de las Pirámides y en el sepulcro de Cleopatra; oposicion á su vez entre Roma y Constantinopla en el mundo moderno, imperiales las dos, las dos cristianas, pero aquella esencialmente legisladora y esta esencialmente metafísica; aquella esencialmente práctica y esta esencialmente teórica; aquella generadora de los concilios que dan los cánones y esta generadora de los concilios que dan los dogmas; aquella autora en el mundo moderno de un Imperio germánico-latino por excelencia y esta autora de un Imperio por excelencia heleno-oriental; aquella con sus Pontífices y esta con sus Patriarcas; ambas á dos condenadas á oposiciones sin conciliacion posible, que bien pueden llamarse guerras sin posibilidad de tregua. Por consiguiente el Papa Eugenio IV y el Emperador Juan Paleólogo se equivocaban, y se equivocaban grandemente, al creer que bastaban sus viajes, sus entrevistas, sus conferencias, sus mutuas disertaciones, sus firmas puestas al pié de las escrituras, sus pactos, sus convenios mas ó menos diplomáticos, para borrar oposiciones, que radicando en el seno de la naturaleza, habian de sobrevivirles en las páginas de la historia.

El viaje de Juan Paleólogo es una de las mayores y mas luminosas odiseas que hay en la memoria humana. Religiosamente poco significa y nada produce. Pero científica, literaria, artísticamente la nave que lo conduce deja resplandor tan claro en el océano de la conciencia como el resplandor del sol